

que os parezca, dijo él, vos sois demasiado sabio para mí, no puedo disputar con vos. Yo no puedo hacer mas que volver la cabeza, cerrar los ojos para no ver un carnage que me quebranta el corazon, y taparme los oidos para no oír el ruido que le anuncia. Pero yo sé que Dios me castigará por haber permitido esta matanza espantosa, y además por haberla presenciado.

— ¡Tocad, trompetas! exclamó Albany; se pondrán duras las heridas si están mas tiempo parados.

Durante esta conversacion, abrazaba Torquil y animaba al joven gefe.

— Resiste aun al encanto solo por algunos minutos, le dijo él; consuélate, tú saldrás sin herida del combate, sin un araño. Consuélate, te digo.

— ¿Cómo puedo yo consolárme, respondió Eachin, cuando mis esforzados hermanos han muerto á mis pies uno tras otro, cuando han muerto por mí, que no merezco un afecto semejante?

— ¿Y para qué nacieron ellos sino para mo-

rir por su gefe? respondió Torquil con serenidad. ¿Debe sentirse que la flecha no entre otra vez en el carcax, cuando tocó al blanco? Consuélate, vuelvo á decirte. He aquí Tormot y yo, no estamos mas que levemente heridos, en tanto que esos gatos monteses se arrastran en la llanura como si estuvieran medio ahogados por los perros. Tengámonos aun firmes algunos instantes, y quedará por vos el triunfo, aunque pueda suceder quedeis vos solo para cantar la victoria. — ¡Gaiteros, tocad á la carga!

Oyóse de ambas partes y al mismo tiempo el sonido de los instrumentos guerreros, y vinieron á las manos los restos de los clanes enemigos por tercera vez, no cierto con el mismo vigor, pero con la misma rabia que no habia perdido nada de su violencia. Los que por su cargo debian observar neutralidad, tomaron parte en la pelea, siéndoles ya imposible quedar en inaccion. Los dos guerreros veteranos que llevaban la bandera de su tribu se habian adelantado poco á poco á las dos extremidades de la lid, y acercado al teatro de esta lucha san-

griente. Cuando vieron mas de cerca esta escena horrorosa de sangre, llevados del deseo de vengar la muerte de sus hermanos, se embistieron furiosos uno á otro con las lanzas de que pendian los estandartes, se asieron por el cuerpo despues de haberse hecho muchas heridas, sin dejar las banderas, y continuaron esta lucha con un ardor tan ciego, que cayeron ambos en el Tay, donde los hallaron ahogados despues del combate entrelazados por los brazos. El furor por las armas, la rabia y la desesperacion se apoderaron luego de los músicos. Los dos tocadores de gaita, que mientras el combate habian hecho todos los esfuerzos imaginables para reanimar el valor de sus conciudadanos, viendo casi acabada la contienda por falta de brazos que la sostuvieran, arrojaron los instrumentos y se precipitaron uno sobre otro, puñal en mano, procurando cada uno matar á su contrario mas bien que defenderse. El músico del clan de Quhele fué muerto sobre la marcha, y el de Chattan cayó tambien al mismo tiempo herido mortalmente. Recogió sin embargo su instrumento, y el sonido espí-

rante de su pibroch prosiguió dando esfuerzo á los combatientes hasta el instante mismo en que desamparó la vida al que le hacia sonar. El instrumento de este músico, ú por lo menos lo que se llama el tubo, se conserva todavía hoy en la familia de un gefe montañés, donde le veneran mucho con el nombre de *Federan Dhu* ó tubo negro*.

Durante esta última carga habia sido Tormot destinado por su padre á la custodia y defensa del joven gefe, y el hierro inexorable de Smith le habia hecho una herida mortal. Los dos guerreros que restaban del clan de Quhele habian sucumbido tambien, y Torquil, con Eachine, y su hijo Tormot forzados á batir en retirada,

* Cluny Mac-Pherson, hoy gefe de su clan, conserva en su poder este antiguo trofeo por el que consta la presencia de sus antepasados en el North-Inch. Otra tradicion dice que se apareció en el aire un gaitero por encima del clan de Chattan, y que despues de haber tocado unas sonatas salvages con su instrumento, le dejó caer. Como el tal instrumento era de vidrio, se quebró por la caída, y no quedó mas que el tubo, que, segun el uso era de *lignum vitæ*. El tocador de gaita de la tribu de Mac-Pherson recogió este tubo encantado, y su posesion se mira como una cosa que asegura la prosperidad de este clan.

(Nota del autor.)

se pararon á la orilla del Tay con el fin de hacer allí el último esfuerzo, en tanto que ocho ú diez hombres que restaban del clan de Chat-tan se adelantaban por intervalos desiguales y tan de pronto como se lo permitian sus heridas, con el intento de atacarlos. Apenas habia llegado Torquil á este sitio, resuelto á vender su vida muy cara, cuando Tormot cayó á sus pies y espiró al instante. Su muerte arrancó á su padre el primero, el único suspiro que hubiera dado en todo el tiempo de este combate atroz.

— ¡Hijo mio Tormot! exclamó él, ¡el mas joven y mas querido de todos mis hijos! Pero, si yo salvo á Eachin, ¡todo se salva! ¡Mi querido hijo! yo hice por tí todo lo que puede hacer un hombre, como no sea el último sacrificio. Déjame desprender los broches de esa fatal armadura y toma la de Tormot, es ligera y te vendrá bien. En el entretanto voy sobre estos heridos que se avanzan, y yo los trataré lo mejor posible. Pienso no me darán mucho que trabajar, porque vienen uno en pos de otro como caballos cansados. A lo menos, hijo mio

querido, si no puedo salvar tu vida, te haré ver como debe morir un hombre.

Diciendo esto desenganchó los broches de la loriga del joven gefe, persuadiéndole su supersticion, que así deshacia el encanto en que le tenian el temor y la nigromancia.

— ¡O padre mio! ¡y mas que padre! clamó el infeliz Eachin, quedaos cerca de mí. Estando vos á mi lado, pienso poder combatir hasta el último aliento.

— ¡Es imposible! respondió Torquil, es preciso que yo los impida llegar aquí en tanto que te pones la armadura de Tormot. ¡Dios te proteja siempre, ¡hijo querido de mi alma!

Torquil de la Encina, blandiendo su espada, se precipitó adelante, dando el grito fatal que tantas veces habia resonado en esta llanura sangrienta:— *¡Bas air son Eachin!* Se le oyó pronunciar estas palabras tres veces con una voz de trueno, y cada vez que dió este grito de guerra hizo morder la tierra á uno de los guerreros que encontraba sucesivamente.

— ¡Bravo, halcon viejo! Animo! ¡clamaron los espectadores al ver los esfuerzos prodigio-

sos que parecian , aun en este último instante, capaces de mudar la fortuna del dia. Sucedió de repente á estos gritos el silencio, y el encuentro de Enrique Smith con Torquil de la Encina, causó un ruido de espadas tan terrible como si acabara de comenzar el combate. Atáronse de estocada y cuchillada con tanto ardor como si sus dos espadas acabaran de desenvainarse. Ambos estaban llenos de animosidad, porque Torquil conocia muy bien al infame hechichero, (como él le suponía) que habia encantado á su hijo, y Enrique veía delante de sí al gigante que, por todo el tiempo del combate, le habia estorbado ejecutar el único intento que le habia hecho tomar las armas. Combatieron con una igualdad que no hubiera existido, si Enrique, mas herido que su antagonista, no hubiera perdido algun tanto de su agilidad ordinaria.

Hallándose solo Eachin en este intermedio, despues de vanos esfuerzos para ponerse la armadura de su hermano de leche, se halló reanimado por un movimiento de vergüenza y desesperacion, voló al socorro de su padre

en esta terrible lucha, antes que algun otro guerrero del clan de Chattan tuviera tiempo de llegar donde se hallaba Torquil. No estaba mas que á quince pasos, bien resuelto á tomar parte en esta pelea mortal, cuando cayó el viejo montañés abierto el pecho de una cuchillada, desde la clavícula hasta cerca del corazon, y diciendo todavía entre dientes cuando daba el último bostezo: — *¡Bas air son Eachin!* El desgraciado joven vió al mismo tiempo sucumbir al último de sus amigos, y al enemigo mortal que le habia perseguido encarnizado durante todo el combate, en pie delante de él, á distancia de lo largo de su espada, y blandiendo esta arma pesada que le habia franqueado el paso por entre tantos obstáculos para embestir contra su vida. Tal vez esta vista bastó para llevar al último grado su timidez natural, tal vez se acordó en este instante de que no tenia armadura, y que algunos otros enemigos, en realidad heridos, y andando con paso desigual, pero sedientos de sangre y venganza, se acercaban á él apresurados. El hecho es que su corazon se angustió, su vista se ofuscó,

los oídos le zumbaron, y se sintió con la cabeza atacada de vértigo, desapareciendo cualquier otra consideracion en presencia del temor de la muerte que le amenazaba. Dió sin embargo al acaso una estocada á Enrique y evitando la que le volvió este, saltó luego hácia atrás con presteza y se precipitó en el Tay antes que tuviese tiempo el armero de levantar el brazo por segunda vez. Oyéronse los vayas afrentosos que le daba en todas direcciones el desprecio general, que le persiguió en tanto que atravesaba el río á nado, aunque puede ser no hubiera entre todos los que le hacian un objeto de irrisión, doce que hubiesen mostrado mas valor en otras tales circunstancias. Enrique siguió con la vista al fugitivo, sorprendido y silencioso, pero no pudo reflexionar sobre las consecuencias de su fuga, por la debilidad que parecia reducirle al abatimiento, luego que no se sintió animado por el combate. Sentóse á la orilla del río y procuró restañar la sangre que le corria de diferentes heridas.

Recibieron los vencedores el tributo de aplausos que se les debía. El duque de Albany

con otros varios señores entraron en la lid, y Enrique recibió de ellos muchas honras, y particulares atenciones.

— Si quieres entrar en mi servicio, valiente mio, le dijo Douglas, te haré cambiar el mandil de piel por un cinturón de caballero, y te daré un dominio de cien libras de renta anual, para que puedas mantener tu rango.

— Os lo agradezco mucho, milor, respondió el armero como desfallecido. Bastante sangre he derramado ya, y el Cielo me ha castigado con no permitirme lograr el único fin que me propuse al tomar parte en esta pelea.

— ¡Cómo, es eso amigo! dijo Douglas, ¿no has combatido tú por el clan de Chattan? ¿no has ganado una gloriosa victoria?

— *He combatido para mi propia mano*; respondió Enrique con indiferencia, y esta expresion vino á ser un proverbio, que aun hoy se usa en Escocia.

El buen rey Roberto llegó entonces, en un palafren caminando á paso castellano. Habia entrado en la lid, para mandar se diera socorro á los heridos.

— Conde de Douglas, dijo él, vos fatigais á ese pobre hombre hablándole de negocios temporales, cuando parece no tiene mas que muy poco tiempo para cuidar de los espirituales. ¿No tiene aquí algunos amigos que le lleven donde se le puedan administrar los socorros corporales y espirituales?

— Él cuenta tantos amigos cuantos son los valientes de Perth, señor, dijo sir Patricio Charteris, y yo me considero como uno de los que se interesan mas por él.

— La banasta siempre huele al arenque, dijo el altanero Douglas volviendo su caballo; la proposicion de recibir de mano de Douglas la orden de caballería, le hubiera sacado de las garras de la muerte si corriera una sola gota de sangre noble por sus venas.

El caballero de Kinfauns se apeó del caballo sin hacer caso del sarcasmo del poderoso Douglas, con la intencion de sostener en sus brazos á Enrique Smith, que habia caido boca arriba desmayado; pero le previno Simon Glover, que acababa de llegar con muchos de los primeros vecinos de la ciudad.

— ¡Enrique! ¡mi querido Enrique! ¿por qué te has metido tú en este fatal combate? ¡Qué! ¡te mueres! ¡sin habla!

— No, dijo Enrique; no sin habla. Catalina... Él no pudo decir mas.

— Catalina, creo que lo pasa bien, dijo Simon, y ella será tuya, es decir si...

— Si está en seguridad, quieres tú decir, anciano; respondió Douglas, quien aunque picado por haberse negado Enrique á su propuesta, era demasiado magnánimo para no tomar interés en lo que pasaba en este grupo. Ella está en seguridad, si la bandera de Douglas se halla en estado de protegerla; y ella será rica, porque Douglas puede dar la riqueza á los que la estiman mas que el honor.

— En cuanto á la seguridad, milor, respondió Glover, dignese el noble Douglas de aceptar mi gratitud y las bendiciones de un padre; pero por lo que dice á la riqueza, nosotros somos bastante ricos, milor. No será el oro lo que me restituya este hijo querido.

— ¡Maravilla! exclamó el conde, un villanorebusa la nobleza ¡un ciudadano desprecia el oro.

— Con permiso de Vuestra Señoría, dijo sir Patricio Charteris, yo que soy noble y caballero, me tomaré la libertad de decir, que un hombre tan bravo como Enrique del Wynd, no tiene necesidad de títulos honoríficos, y que un buen ciudadano como este anciano respetable, puede fácilmente pasarse sin el oro.

— Teneis razon en volver por vuestra ciudad, sir Patricio, replicó Douglas, y yo no me doy por ofendido en ello. No violento á nadie para que acepte mis beneficios. Y acercándose al duque de Albany le dijo á media voz: — Seria muy del caso que Vuestra Alteza cuidase de alejar al rey de esta escena de horror y sangre; porque es indispensable sepa esta noche lo que será público mañana por la mañana en toda Escocia. Esta contienda ya se acabó; pero siento ver tendidos por tierra tantos valientes Escoceses cuyos brazos hubieran podido decidir las batallas con ventaja de su patria.

No sin trabajo se determinó al rey Roberto para que dejara esta lid ensangrentada. Corrian las lágrimas por sus mejillas venerables y

su barba blanca; conjuró á los nobles y clérigos que le rodeaban, para que dispensaran todos sus cuidados á los cuerpos del corto número de heridos de quienes se podia esperar conservarían la vida, y para que dieran á los muertos honorífica sepultura. Los clérigos presentes tomaron á su cargo estos dos deberes, y cumplieron su promesa con otro tanto celo como fidelidad.

Así tuvo fin este combate célebre. De sesenta y cuatro bravos guerreros, incluyendo los gaiteros y los portaestandartes que se metieron en esta lid fatal, no quedaron mas que siete, que se pusieron en camillas en un estado muy poco diferente del de los muertos y moribundos, de que estaban rodeados, y que se llevaron como á ellos del lugar en que habian peleado. Eachin solo le habia dejado sin herida... y sin honor.

No nos queda sino añadir que ni uno solo de los campeones del clan de Quhele sobrevivió á este combate sangriento. La disolucion de su confederacion fué consecuencia de esta derrota. Los nombres de los clanes que la forma-

ban no son mas que una materia de conjetura para el anticuario, porque despues de este último negocio no se reunieron jamás bajo la misma bandera. El clan de Chattan, por el contrario, continuó floreciendo y aumentándose; y las mejores familias de las montañas del norte de la Escocia, hacen gloria en descender de la raza de los gatos monteses.

CAPITULO XXXV.

En tanto que volvia el rey á paso lento hácia el convento, donde habitaba por entonces, Albany, alteradas las facciones dijo al conde Douglas tartamudeando: — Vuestra Señoria, que ha visto esta escena lamentable en Falkland, ¿no se querrá encargar de dar una